

71-25374
25374

DEPOSICION

VICENTE MORENO MORA

83



JOSE MARIA RODRIGUEZ

927
5374

MUNICIPALIDAD DE CUENCA

*
ADMINISTRACION DEL ALCALDE
SR. DN. ENRIQUE ARIZAGA TORAL

*
DIRECTOR DE PUBLICACIONES:
VICTOR MANUEL ALBORNOZ

*
ESCRITORES AZUAYOS

7125374
VICENTE MORENO MORA

927
JOSE MARIA RODRIGUEZ



CUENCA - ECUADOR

1948

IMPRESO EN LOS TALLERES TIPOGRAFICOS
DE LA MUNICIPALIDAD DE CUENCA.

Un lago azul de paz debía de haber sido esta tierra en el pasado siglo. La civilización, con su rechinar de máquina y su olor de gasolina, no tenía aún caminos para llegarse a este valle. La urbe entonces, humilde, recostada vivía en una quietud de égloga, en un silencio de claustro, en un ritmo lento de pueblo que amanece.

Las campanas que, aquí y allá, desde los campanarios que se alzan en plazas y avenidas, dejan oír, claro, sus místicas voces, desde la aurora hasta el ocaso, ponían un hálito de beatitud en el ambiente.

Las gentes piadosas, antes de que despunte el alba, congregábanse a la puerta de los templos. Sentadas en el atrio, charlotteaban sobre el último escándalo en el vecindario. Luego, cuando se abrían las pesadas puertas de la iglesia, dirigíase cada cual a acurrucarse en su puesto para dar comienzo al rezo del Rosario y a los cánticos a la Virgen.

Iniciado así el día, en el resto de las horas continuaban los labios murmurando, quedo, la oración. A la hora del Angelus, interrumpíase la labor hogareña y se musita-

ba la unciosa plegaria. Si las campanas tocaban a muerto, brotaba de lo profundo del corazón un *Padre Nuestro*, que terminaba en un largo suspiro de pena por el agonizante que iba a levantar su vuelo a la eternidad. A la noche, ante el altar casero, los hinojos en tierra, rezábase el *Rosario*, en tanto el párvulo cabeceaba sentado en la falda de la niñera.

Afuera, en las calles, reinaba un silencio de soledad, un misterio de sombras. Los pequeños candiles que pendían de los balcones apenas si esparcían una muriente claridad. El espanto, en la leyenda escalofriante, deambulaba por todos los barrios. Las viejas ayas contaban a los niños *El Farol de la Viuda*, *La Piedra Encantada*, *Los Gagones*, *La Plaza sin Salida*. Los niños, temblando, abrazábanse a la añeja esclava y se dormían soñando en la doliente mujer del farol y en el alarido del animalejo que se detenía junto a las casas en donde se vivía en atroz contubernio.

Mas, a pesar del espanto de la ciudad, que hacía temblar hasta el alma, no faltaba el valiente que, embozado en amplia capa, deslizábase por extraviada vía, rumbo a la cita clandestina, o que, montado en brioso corcel, se perdía en las sombras raptando a la ingenua amada.

En tanto que el espíritu, recogido y trémulo, pensaba en los misterios del más allá, el alma, inquieta y anhelante, ardía en amor junto a la reja o se consumía en la hoguera de unos labios besadores.

*

* *

En medio de este ambiente cenobítico, en tanto los unos, los ojos fijos en la Cruz y la calavera, vivían macerándose la carne en el duro cilicio, los otros, los poetas, tenían su manera de conversar con Dios de las cosas de la eternidad o de las cosas creadas por su mano. En la sangre trajeron la herencia de lo lírico de sus mayores, en el corazón trajeron también la herencia de dolor de sus abuelos, lo cual, acoplado a lo lírico y al dolor que palpita en toda cosa del ambiente, hizo que en ellos naciera la maravilla del canto.

Esta poesía del alma se acendra al contacto con la naturaleza. El cielo ensoñante y manso, la colina penserosa, los ríos murmulantes, las calles silentes, los campos en perenne oración de dulcedumbre, todo es vino generoso de hermosura para las inefables embriagueces del espíritu.

Y estos bardos que beben las castálicas aguas nacidas en la propia tierra, saben derramar en ella la gracia de una poesía de candor. A través de sus poemas cobran espíritu las cosas de estos campos: el Tomebamba adquiere rumores líricos nunca oídos y se vuelve hermano del Manzanares; el aliso, como el sauce de Musset, se convierte en el árbol amado de los trovadores, y el pálido amancay prendido va a la emoción de los liridas. La misma Madre de Dios, para nuestros poetas, llámase la Morenica del Rosario o la Virgen del Vergel, a quien la cantan desde las distantes playas del exilio.

Cordero, Matovelle, Moreno, Vázquez, Crespo Toral son los cantores del natío que, desde entonces, tiene módulos y armonías inconfundibles.

*
* *

Si Cuenca tiene un alma que reza y un alma que canta, sus barrios, a su vez, poseen también su alma, su latido, su voz. El Vado, típico, único, es el barrio hecho con burbujas que ríen y espumas que cantan. A la mañana, contéplase la procesión de gentes que traen al mercado canastos repletos de flores. El ambiente queda saturado de un aroma de nardos y rosas, que deja en el alma una incurable nostalgia de campo y una sombría tristeza de sentirse enclavado en la urbe. A la tarde, cuando el sol pone tibieza de regazo en las aguas, los golfos acuden a chapotear en el remanso escondido bajo el puente. A la noche, sus calles tienen un olor a pan que se tuesta. En los hornos, las cholos del vecindario, en torno a la mesa de labor, charlan, ríen, cantan: diríase que es su cotidiana fiesta, en donde se mira siempre la abriñena ilusión en la risa sonora y la gracia mordaz de la hembra diestra en el calificativo agudo, como terrible para la amenaza que no le falta en los vengativos labios.

Esta fiesta del horno se acalla cuando las mujeres, al toque de las campanas del Carmen que llaman a misa, se doblegan al peso de la malanoche.

Mas, cuando el Vado se engalana y se enfiesta, es en Mayo, el día de la Santa Cruz. Con cortinajes, flores, luces, adornan su milagrosa insignia, que se alza al borde de una de sus calles, frente al río a quien ella le ha enseñado mansedumbres de torcaz. Sus calles, iluminadas, lucen también cortinajes. Y todos, desde el último rincón de la ciudad, acuden para esta fiesta de la velación. Es la noche en que el barrio tiene un calor de

hogar, una alegría de sala en fiesta, una animación de ágape cordial. Huélense qué bien el asado y la fritura, la bebida espumante y el licor espirituoso. La chola se ha endomingado como nunca: luce grandes argollas de oro y vistosos anillos, vestidos de paño bordado, cbales de seda y zapatos clarísimos. Y al son de la guitarra y la concertina, amanece bailando sandunguera, el corazón hirviendo de ilusiones.

*
* *

En medio de este ambiente de sosiego se desliza la vida de José María Rodríguez. Viene a la vida el 13 de Septiembre de 1847. Trae en el espíritu el amor a la melodía, el mismo amor que sintió su abuelo Don Hermenegildo y el amor hecho pasión que sintió su padre Don José Nicolás. Su casa solariega situada en la calle La Condamine, una como terraza que cae sobre el Tomebamba, sobre El Ejido, está rodeada de cielo, de paisaje, de música de ondas, de alegría de gentes que van al campo o de gentes que retornan de sus vegas: diríase que ella vive en continua comunión con la armonía de la naturaleza. Y dentro de ella también hay armonía de arte. Su padre, Maestrocapiña del Carmen, no perdona momento de ensayar al clavicordio la partitura que ha de tocar en las fiestas solemnes, o de amaestrarse para el concierto del Setenario, la Semana Santa, o para la fiesta del amigo o el pariente. Su casa es una jaula de melodiosos acordes.

Toda esta armonía del ambiente va penetrando poco a poco en el alma del adolescente. El podía decir que la vida es una melodía sin solución de continuidad. Un día

sabe que en su garganta lleva secretas armonías: canta, y su canto endelicia a las gentes que lo escuchan. Otro día sabe que sus manos tienen la magia del ritmo: arranca notas del clavicordio, y se pasman las gentes que tal cosa presencian. Viene entonces el vaticinio de gloria, el dulce soñar del padre en el futuro del hijo; pero, él sonríe a todo: su vida es sólo la chacota callejera, la alegría del barrio, la excursión al campo.

Pero un día, cuando contaba apenas 13 años, muere su padre, y se encuentra frente a frente a la terca y sombría realidad. En medio de su dolor, a través del cristal de sus lágrimas, todo contempla desolado. No vislumbra el camino que pudiera seguir. Todo para él es desesperanza de abandono. Mas, el puesto de su padre sigue vacío. Las Carmelitas lo llaman para que lo ocupara él.

Ha llegado a sucesor de su padre. En el templo carmelitano, la voz del adolescente se deja oír clara y alta, dulce y timbrada, y es acogida con admiración por todos. Los acordes litúrgicos que arranca del órgano revelan también que palpita en él un artista. Comienza entonces más rotundo el pronóstico de gloria para el que así se inicia.

Pero sus inclinaciones a la música menester es enderezarlas por un sendero de academismo para que den los frutos que de ellas se espera. Por esa misma época acababa de llegar de Lima el artista Don Manuel Espinosa, quien traía un valioso acervo de música clásica, ignorada en nuestro pequeño mundo filarmónico. Sus protectoras, las Carmelitas, deseosas de aprovechar la maestría de Espinosa en bien de su organista, colócanlo bajo su dirección. En surco propicio arroja el grano de su sa-

ber el maestro. A poco, Rodríguez está empapado del arte clásico. Los inmortales Verdi, Mozart, son sus preferidos. Su sensibilidad artística, su buen gusto están orientados definitivamente en el campo estético. Su potencialidad creativa comienza a urgirle la obra original. El artista ha encontrado su camino.

Su matrimonio con doña Vicenta Espinosa no le dura sino dos años. El dolor de la viudedad ahonda su lirismo, que se hace lágrima y quejido en la composición musical. La pena de la Ausente, que lo tortura hasta la angustia, va poniendo en su vida un acento de tragedia.

Pierde su voluntad de vivir y se siente nada más que una hoja marchita en la senda. En sus composiciones pone un aire de adiós y un dejo de lamento.

González Suárez, que entonces se encontraba en Cuenca, llégase un día al corazón del artista y se queda pensando a la orilla de sus lágrimas. Mira en él al espíritu genial, pero lo contempla atado al dolor, imposibilitado para el vuelo de la inspiración, y piensa que es necesario librarlo de las cadenas del pesar. Tócale, entonces, en las fibras más delicadas, muéstrale el tesoro de armonía que lleva en el espíritu, hácele entrever la senda de gloria que lo espera, y consigue arrancarlo de las zarzas de la pena. El artista se mira libre y fuerte en su camino.

A su segundo matrimonio con Doña Elena Mora, se llega, si con el labio amargado de dolor, pleno de fé en el arte. Sereno, intensifica sus faenas. Su casa se vuelve un Conservatorio, a donde acuden innúmeros discípulos. El Maestro se da tiempo para todo. No hay ma-

ñana que no se lo vea en la Catedral, sentado al órgano, desgranando las solemnes notas del rito o haciendo escuchar su voz clara y majestuosa.

Día a día va adquiriendo una justa fama. Es ya el Maestro dilecto que ocupa sitio de honor en la sociedad. Es el mentor de todos los futuros artistas, entre los cuales está don Luis Pauta. Es el Maestro de las jóvenes aficionadas al divino arte. Exquisito, galante, se lo ve entrar en los principales salones para la lección que se vuelve amable y graciosa por sus maneras galanas. En el Colegio Seminario es el que prepara las veladas, fiestas inolvidables por su espíritu que sabía llegar a las alturas de un arte de nobleza y selección.

Cordial por naturaleza, no puede permanecer indiferente cuando llega la hora de fiesta para sus amigos. Entonces, rebosante de una alegría primaveral que contagia, dirige la orquesta que pone en los salones un latido fuerte de juventud. Y cuando sus amigos, los íntimos, prepáranse para sus bodas, también él prepara su composición epitalámica, que es el alma de la fiesta nupcial. Miguel Moreno, Rafael María Arízaga lucen estas joyas de arte en la fiesta de sus bodas. Qué de sonos arranca entonces el Maestro! Diríase que es una onda de melodías que llega de sus sagrados bosques. Notas de entusiasmo, de gracia, que ríen, que danzan como pétalos, como mariposas. Un alma dionisiaca palpita en ellas.

Alma oceánica la suya, la inspiración lo conduce por distantes latitudes. Bolívar, Sucre, Benedicto XV, Pío XI, lo inspiran himnos plenos de exultación. La Patria, sus gestas, sus combates, motivos son también de su arte.

Mas, lo grandioso de su vuelo, refrénase, detiéndose en la ternura del hogar y compone *Las Dos Hermanas*, Danza dedicada a sus hijas Dolores y Elena.

Temperamento delicado, tímido, el amor le llena todo el corazón y pone un latido fuerte en su vida. Guiado por este sentimiento llega a la adoración por lo divino. A Dios lo encuentra en las profundidades del ser, en las raíces recónditas de su infancia, y lo encuentra en sus silencios y soledades de artista. Cuando desde el balcón de su casa, mira la inmensidad de la noche, acaso contempla a Dios en el dombo estrellado, en el rumor nemoroso de la fronda y en el infinito misterio de los espacios. Espíritu nacido para la elevación, no podía detenerse en el estrecho horizonte de lo tangible, en donde viven los que no nacieron con el don del vuelo: él se remonta a las cumbres de la contemplación para el éxtasis ante lo metafísico.

De este modo nace su creatividad en el campo de lo religioso. De las alturas vienen los Himnos al Corazón de Jesús, a Cristo Rey, a la Inmaculada. Su *Stabat Mater* es la síntesis suprema de su fe, de su amor a Dios, de su penetración en lo esotérico del dogma. Composición es ésta que, por su universalidad y profundidad, constituye el punto vértice de su arte, cumbre que lo coloca entre los artistas máximos. Preciso es escucharla en un Viernes Santo para sentir y admirar su potencialidad emotiva.

Inolvidables deben de ser para todos los Duelos de la Virgen que antaño se celebraban en la Catedral. En el Altar Mayor, al fondo la severidad del ornamento morado, la imagen de la Santa Madre, junto a la soledad

de la Cruz, sintiendo la cruenta agonía de su Hijo. La palabra sagrada ha herido ya la sensibilidad de la muchedumbre. Un temblor de lágrimas pasa por sus pupilas, una amargura de dolor reseca su garganta; mas, cuando el espíritu, herido y sangrante, levántase desesperado hasta caer, empapado en llanto, desfalleciente, junto a la Cruz, es al escuchar el *Stabat Mater* de Rodríguez. Qué solemnidad, qué elocuencia, qué sublimidad de las notas arrancadas del órgano por las propias manos del artista! Un silencio profundo se hacía en el corazón para escuchar los gemidos lastimeros de las cuerdas. Sentíase entonces la grandeza del Calvario, la excelsitud del sacrificio, y la pequeñez y la miseria de lo humano.

La voz del Maestro es de acentos extrahumanos. Da la sensación de que tiene un latido de sangre, de que llega transida desde las mismas soledades del Tabor. Adquiere una inefable magia. Majestuosa, levántase y desciende. Llega a abrir una herida en el corazón y en ella se hunde hasta despertar la sed de lágrimas y el anhelo de grito. El Maestro, en esas noches, es el dueño y señor del espíritu creyente de Cuenca: es él el que desata sus raudales de lágrimas, el que lo sepulta bajo montañas de dolor hecho armonía.

Enfermo debía de quedar el artista después de las noches de Viernes Santo, cuando pasaba por él, por su garganta y su corazón, todo eso río de dolor, de infinito dolor que anegó en llanto a la Madre de los Dolores.

*
* *

Artista de verdad, comprensor de la excelsitud de la belleza, sabe llegarse a la diafanidad de sus fuentes. La naturaleza, con la cual vive en perpetua comunión, le hace comprender su tesoro emocional. El río que, al pie de su casa, canta día y noche; la fronda que susurra allí cerca; el paisaje que se le copia en el alma a toda hora, enséñante a amar la naturaleza con un cariño entrañable y santo. En ella encuentra, no la voluptuosidad de lo sentidos, sino el placer del espíritu que se embelusa en lo creado; y en el cielo y el campo, en el sol y la estrella, en la onda y la piedra, en el ave y la mariposa, contempla la maravilla del Creador.

Largas horas pasa en su quinta de San Roque escuchando la cadencia de los vientos, el gorjeo de jilgueros y gorriones y el cantar del mismo silencio escondido en su rincón de campo. En ese retiro se inspira su *Adiós a Mayo*. Allí debió de sentir la pena de la primavera que se va. Dolíale el adiós de los cielos azules, de las mañanas canoras, de los campos en eclosión, de las ondas rumorosas; dolíale el presentir el otoño amarillo, el de los campos mustios y silentes, el de los ríos turbios y exhaustos, y, enternecido hasta lo íntimo, al calor del último lampo de mayo, compuso su *Adiós*, en donde vibra el alma de Cuenca, la tierra que sabe sentir como ninguna el sortilegio místico de la azulidad y la florescencia, del arrullo amoroso y el murmurio en plenitud de savia.

Lumbre de Mayo, risueña
la montaña te escondió,
mientras de lejos te alcanzan
los acentos de mi adiós.

Ay, Madre, la luz se apaga;
ay, Madre, se esconde el sol.
Adiós, oh mes de María,
oh mes de mi Madre, adiós!

Desde entonces, estos versos de Eloy Abad, en la música de Rodríguez, es el clamor con que se despide a mayo en los templos.

*
* *

A los artistas, a los poetas, parece que les está negada la ración de dicha que se les concede a los mortales. Todo artista, salvo alguna rara excepción, vive una tragedia oculta, torturante, que empaña su cielo, acibara su pan y hace de su vida una soledad inmensa que no cabe en el pecho y se desborda en la lágrima, cuando no acaba por sepultarlo en la sima de una desventura sin esperanza.

A don José María Rodríguez el destino nuevamente lo destierra al acerbo abandono de la viudedad. Doña Elena Mora cae segada por la muerte, y el infortunado artista queda para ser él solo el cariñoso amparo de sus cuatro hijos. Ofréceles duplicados sus mimos y ternuras. Sin embargo, sienten el vacío de la madre. El lo comprende y sufre. Sufre su propia soledad y la soledad de sus hijos. En medio de este vacío el recuerdo cobra corporeidad. Ella, la Amada Ausente, no sólo vive en el espíritu de sus hijos: tal como en el retrato que guarda en el viejo arcón, vive en su mente día y noche. La siente, la mira, la escucha en todas partes, su silueta no se ha esfumado en el olvido.

Su voz no se ha apagado con la muerte. Ella, como ayer, sigue deambulando por las estancias. El artista goza y se tortura al sentir lo intangible de su adorada presencia.

Sus cuatro hijos son para él un dolor y una dicha: dolor de contemplarlos huérfanos, dicha de comprender cómo en cada uno de ellos palpita un artista. Dolores, Elena, José Miguel, Alberto se sientan al piano y ejecutan la partitura compuesta por el padre. El, suspira y calla al ver cómo la semilla de su docencia madura generosa en los surcos de su propia alma.

La viudedad ahora le ha herido el corazón con herida que no tiene bálsamo. Ha llegado a la tarde de la vida. Bajo su luz muriente los jardines del alma se entristecen. A la hora crepuscular la vida se vuelve ojerosa y pálida. Al fondo del corazón siéntese un vuelo de golondrinas que se aselan, escúchase algún chirrido solitario y el toque melancólico del Angelus de la campana que se escuchó en la distante infancia. Es la hora entonces de callar y meditar: de meditar en lo fugitivo de las horas que se despetalan sobre el océano infinito de la eternidad.

El artista, que ha ascendido a la Montaña del Dolor, en donde es más clara la voz de lo Eterno, poco a poco va rompiendo los lazos que lo atan a lo terreno. En el encierro de su casa, inclinado sobre su propia alma, sus horas adquieren un ritmo monástico. Levántase con el sol y las aves, y acude a la Catedral, para elevar su himno al Creador y recibir el Pan Eucarístico que lo consuela y fortalece. Luego, torna al hogar, a ser el refrigerio de los suyos. Cuando la inspiración lo urge, se aísla en la sala y escribe. To-

ma sorbos de café tinto y escribe como presa de algo extraño. Siéntase luego al piano y ejecuta su composición. Sonríe satisfecho. Llama a su hija Elena—que, en veces, ha estado espiándolo por el agujero de la llave—vuelve a ejecutar su música y la consulta su parecer.

Pero no sólo el arte llena su vida. Siente la necesidad de elevarse a Dios por medio de la meditación. Abre el Kempis, el libro escrito en olor de ascetismo, y se hunde hasta lo profundo en esta fuente de verdades eternas. Su palabra le acendra el amor a Dios y se siente, como ala u oración, ascender a las supremas alturas.

Alguna tarde deja el claustral recogimiento de su casa y sale a bañar el alma en el eglógico silencio de su retiro campesino. Allí, en fraternidad con árboles y pájaros, déjase estar largas horas. Cierta vez tiende la mirada en torno y comprende la miseria de este valle triste de recuerdos y húmedo de llanto; y, en el silencio de su campo, escribe *Mi Llanto en los Bosques*, como para vaciar la pena que le nubla el alma.

Así, lejos de los hombres, cerca de Dios, pasa su vida de remanso sembrado de estrellas. Ya nada lo desasosiega. Vive en paz con su destino. Nunca tuvo tentaciones que lo amarguen. Las lejanías no le hablaron con voz imperativa a su corazón. Alguna vez salió a recorrer lejanas sendas, pero no encontró el encanto de beber el agua en extraños ríos. Tampoco atendió el canto de sirena de la fortuna. Desprendido, sacrificado, sin aprovechar situaciones ventajosas, viósele seguir por su horaciana senda. Ante la gloria tenía un gesto de desdén. Nunca tendió la mano para la siega mercenaria de lauros. Cuando, sin que él lo buscara, entregósele la hoja de la gloria,

la recibió sin emoción que estremece. Su sueño era otro. El sabía, además, lo vano, lo pequeño, lo marchitable del laurel.

*
* *

Alta es la Montaña del Dolor que hay que ascender en la vida. Aun le resta un largo trecho para llegar a la cumbre. La sombra de la ausencia lo persigue. El destino lo quiere solo en la soledad del recuerdo. Un día se le van los hijos en pos del amargo pan para la vida. Se van. Se alejan. Triunfan. Piénsales siquiera en extraña tierra. Sabe que el cariño de ellos no se agota. Sus cartas, que le llegan rebosantes de ternura, son el consuelo en la sombría tarde de su vida. Pero un día caen bajo la mano de la muerte. Quédase aún más solo, escuchando en el recuerdo el rumor de las voces ausentes, el deslizarse de las sombras amadas e insibles, y el latido cansado ya de la entraña sufriente.

Solo, en medio de sus dos hijas, es un símbolo de resignación. Los ojos, si tristes de contemplar lo fugitivo de la vida, serénanse cuando se levantan al Cielo para la plegaria. Los labios, si amargados con el acibar de la desventura, endúlzanse con el canto que eleva a Dios desde el templo. Su cabeza nevada dice de la fortaleza que ha tenido para soportar las tempestades de la vida. Sereno, en plenitud de mansedumbre, lo encuentra la muerte a este casi centenario roble.